

el mismo Verbo divino, en quien ejercerá todos los derechos naturales anejos á la maternidad, María, en el momento de ser Madre, Hija y Esposa de Dios, se anonada y descende hasta el polvo vil de la última de las condiciones sociales. Es Madre, es Virgen, es Reina, es Señora, es Dueña del mundo, y sin embargo ella no sabe sino que es esclava del Señor. *Ecce ancilla Domini.*

Cuanto rodea á María conspira á ensalzarla; Ella sabe que su alma no ha incurrido jamás ni en una mancha levísima; Ella sabe que tiene un Hijo que ha de ser grande é Hijo del Altísimo; que este Niño es el que los Patriarcas y Profetas saludaron y entrevieron llamándolo Admirable, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, y Príncipe de la paz. Si preguntais á los ángeles qué es lo que hacen al cumplirse la embajada de Gabriel, os dirán que todos se postran ante María y la adoran; si observais lo que sucede á los malos espíritus en aquel instante soberano, los vereis que tiemblan, que huyen, y se precipitan en el fondo del abismo por no poder sufrir la presencia de esta Virgen; sin embargo, Ella habla con su Dios, y no se da otro epíteto que el denigrante, el humillador de esclava: *Ecce ancilla Domini.* Examinando esta materia el devotísimo San Bernardo, y viendo de cuán sublimes prerogativas se ve rodeada la que se llama esclava precisamente cuando la consagra el cielo para su Reina, y Dios la hace su Madre, pregunta á María: «¿De dónde la viene la humildad, y una humildad tan extraordinaria?» *Unde tibi humilitas, et tanta humilitas, o Beata!*

La respuesta es fácil, amados míos; María se ha propuesto retratar en su alma las virtudes de que nos da ejemplo divino el Verbo humanado, y al aparecer Éste humilde y abyecto en medio de los eternos resplandores de su grandeza increada, su Madre se deja ver iluminada con el reflejo de esta misma luz, que ha de brillar más y más en los abatimientos. Yo no me admiro ya de que

todas las persecuciones que sufrió Jesucristo afligiesen igualmente el corazón del Hijo y el de la Madre, porque todo es la consecuencia inmediata de la maternidad divina. El último extremo de la vida del Salvador son los denuestos por parte de sus enemigos, las infidelidades en sus discípulos, los sarcasmos, las afrentas y la condenación á muerte; y era preciso que siendo natural á la luz el iluminar los objetos y reflejar en ellos, y no habiendo en toda la creación un solo corazón en cuyo seno pudiera recibirse esta inmensa luz de la caridad divina sino el corazón de María, fuese á encontrarse en él, como se encuentran en la concavidad de un cristal las madejas de rayos que el sol despide.

Todo esto es grande y maravilloso, y nos revela cuánto entraña en las almas un amor santo correspondido con fidelidad, descubriéndonos al propio tiempo las misteriosas relaciones que existen entre el Espíritu increado y los que hemos salido de sus manos. Como somos el trasunto perfecto de Dios en el orden de la espiritualidad, la tendencia natural y moral de nuestra naturaleza hubiera debido ser el reproducir en nuestras ideas y acciones una completa asimilación con el Sér infinito cuya imagen llevamos grabada en nosotros mismos. No importa que sobreviniese el pecado, porque, en expresión del divino Pablo, «donde abundó el delito, sobreabundó la gracia, y si por un hombre entró en el mundo la muerte, por otro halló entrada la vida.» Es algo más difícil la asecuración de nuestra vitalidad espiritual, por haber adquirido por el pecado otra tendencia al mal, contraria á la primera; pero no es imposible, porque el bien por su naturaleza es amable, así como el mal es por su naturaleza abominable y odiable, y el amor de Jesús nos previene, nos acompaña, viene en pos de nosotros, y, en una palabra, nos asedia para que nos rindamos á él: *Charitas Christi urget nos.*



Esta completa semejanza la vemos retratada en María; y no es esto lo más admirable, sino que por una trasmision de afectos de Dios á María, y de María á Dios, el alma de esta Virgen, no sólo recibe en su seno las aflicciones y amarguras que se fraguan en nuestro espíritu como en su propio laboratorio, mas tambien percibe, con toda la sensibilidad del paciente, cuanto el Dios humanado recibe en su cuerpo desde que acepta el ósculo, que es la consigna de su Pasion, hasta que la lanza abre su pecho, legalizando la veracidad de su muerte. Mirad cómo se lanzan sobre Jesus sus enemigos encarnizados, cómo lo arrojan al suelo, cómo lo pisotean, cómo ponen las inmundas plantas sobre su venerando cuello; mirad cómo lo rodean de cadenas, cómo lo arrastran, cómo lo escupen, cómo lo abofetean. Pues sabed que ni un solo golpe le dan que no se reproduzca en el alma de María. Cinco mil azotes, innumerables bofetadas, punzantes espinas, duros martillos, clavos inhumanos, hiel acerba, lanzada cruel, todo lo recibe el sagrado cuerpo de Jesus, y todo va á recaer en el alma de María. Como el enemigo ciego de furor cae con puñal en mano sobre aquel cuyo exterminio ha maquinado largo tiempo, y no se contenta con teñir el acero una vez en el corazon de la víctima, sino que lo saca humeante, y lo vuelve á enterrar mil y mil veces, con más celeridad que dos nervudos brazos descargan sus martillos sobre el hierro candente, así entra y sale sin cesar la espada del dolor en el alma de María.

Al contemplar tamaño espectáculo; al ver á María junto á Jesus en el lugar del suplicio, yo no acierto á discernir los dos objetos, el paciente por amor del Hombre, ó la paciente por amor del Hijo. Veo en las dos víctimas un único corazon, y casi veo un mismo Redentor moral, expiando los pecados del mundo; y todo es incomprendible en estas dos víctimas; en Jesus por ser

Hijo de Dios, en María por haber engendrado á este mismo Dios. Sí: todo es infinito en Jesus; infinita es su amargura y su pena, infinito su padecer, infinito su dolor, porque su naturaleza divina da á todas las acciones de la humana un valor infinito. Tambien el dolor de María es correspondiente á su Maternidad divina, y excede todos los límites de la comprension humana; porque el Dios paciente se retrata en el alma de su Madre con la misma identidad que Aquel tiene en el Sanedrio, en el Pretorio y en el Gólgota. Jesus tiene su alma envuelta entre las encrespadas olas de la tristeza, y su cuerpo es atormentado con heridas; y María, á pesar de no haber recibido ni un solo golpe, reproduce en su alma, no sólo las pasiones del Hijo, sino hasta sus dolores y heridas.

¿Cómo puede suceder esto, amados míos? Ved aquí un misterio que si no podemos comprender, debemos contemplar, para aprender una leccion en la escuela del amor. Acercaos conmigo por un momento al Huerto de Getsemaní: entre sus olivares se encuentra un Joven arrodillado y con sus manos levantadas al cielo; ora á su Padre celestial, y le pide consuelo; desfallece, y la tierra se ve súbitamente regada con la sangre que ha brotado por todos sus poros. ¿Qué espectáculo es éste tan nuevo y tan conmovedor? ¿Quién es ese personaje, y por qué suda sangre cuando aún no ha recibido una leve herida? ¡Ah, amados míos! Ved aquí comprendido el misterio de la reproduccion de los dolores de Dios en el alma de su Madre. Ese hombre bañado en su sangre es Jesus; ha pensado con profundo recogimiento en los tormentos que le esperan; ha visto los látigos levantados y cayendo sobre sus espaldas; ha oido los golpes de los martillos clavando sus manos y piés; ha sentido ya en su venerable cabeza el horadamiento punzante de los durísimos cambrones; y la representacion es tan viva, que



puede en su alma tanto como la realidad, y produce en su cuerpo los mismos efectos que muy pronto iban á realizarse por el furor de los sayones. ¡Tanto es el poder de nuestra alma, tanta su virtud!

Sí: como el alma es espiritual y el cuerpo material; como lo más perfecto contiene en sí eminentemente las propiedades de lo ménos perfecto, aquélla tiene sobre éste tal imperio, que lo rige y gobierna, y al trasmitirle éste las sensaciones por medio de su complexion orgánica, aquélla se reviste de todas las pasiones, y siente los dolores que no son propios sino de la materia. Y á las veces, tanta es su delicadeza, tal es la abstraccion de todo lo sensible y material, que sin necesidad de la participacion de los sentidos, se engolfa en la contemplacion de las cosas; y si son divinas, se diviniza; si terrenas, se degrada; si celestiales, se sublima; si carnales é impuras, se envilece y empuerca. Y si tan sorprendentes efectos produce en nosotros el éxtasis, ó la omnímoda abstraccion de los sentidos, ¡qué admirables no serán los resultados cuando una alma pura y delicada llega á percibir con las finísimas fibras de su sensibilidad los dolores de un objeto que ama con tanto ardor como pureza!

Por eso, amados míos, Jesucristo suda sangre en el Huerto; por eso María es el trasunto acabado y perfectísimo del Dios paciente; porque amándolo como cosa propia, hace suyos sus dolores, sus penas, su amargura, su afliccion y sus tormentos. María respira con el aliento de Jesus, vive con la vida de Jesus, ora con Él, y con Él es encadenada, con Él azotada y escarnecida, con Él coronada de espinas y abrevada de ludibrios, con Él crucificada é insultada; y con Él moriria si el cielo no la conservára para que sufriera en su alma el dolor que no pudiera sufrir el cuerpo exánime de Jesus cuando abrió su pecho la lanza cruel.

Ved, amados míos, lo que es María: la copia exacta

de su Hijo; desde Belen hasta el Calvario hay mucha distancia: allí cantan los ángeles, se arrodillan los pastores y adoran los Magos; aquí se enfurecen los demonios, atormentan los verdugos, y los enemigos insultan; pero para Jesus y María no hay distancia que los separe del objeto propuesto: padecer en la circuncision, sufrir en las persecuciones, llorar en el destierro, comer el pan de la tribulacion, y beber las lágrimas de las angustias, presentar su rostro á los denuestos, el cuerpo á las heridas y á la muerte: éste es el tipo de imitacion en la Madre, porque ésta es la realidad en el Hijo.

Deberíamos nosotros, supuesto que tenemos fé, supuesto que la imágen de Jesus crucificado se nos representa sin cesar; deberíamos mirarnos en ella como en un espejo, para ver si somos una copia exacta del tipo de nuestras acciones, ó si acaso no tenemos otra asimilacion que la exterior, sin poseer ninguna de las sublimes cualidades de amor y pureza que son la sávia de nuestra vitalidad espiritual y nos hacen semejantes á Dios. Ello es que, como dice el divino Pablo, «el primer hombre, como formado de la tierra, es terreno; y el segundo, oriundo de los cielos, es celestial. Si hemos llevado la imágen del terreno, llevemos tambien la del celestial.» Si no tenemos otra vida que la del primer Adan, no podemos parecernos al segundo, que es Jesucristo; porque aquél fué hecho alma viviente, y el segundo espíritu vivificante. (I Corinth., cap. xv.) Es decir, que una vida puramente animal, que no tiene otro punto de mira que los objetos presentes, en que los sentidos se deleitan y pretenden saciarse vanamente, no puede hacernos moralmente semejantes á Dios; viviremos, sí; mas nuestra vida será un trasunto de la animalidad pura, revestida con las galas de la racionalidad, refinada con la exquisitez del gusto, y ornamentada con las prerogativas que el Sér divino nos concedió, dándonos el don precioso de la libertad natural, y constituyéndonos due-



ños y señores de toda la naturaleza terrestre. Pero ¿vivirá nuestra alma con aquella vitalidad que la hace hija de Dios y su perfecto retrato? Eso no; eso está reservado para aquellos que tienen el espíritu vivificador de Jesucristo; que no nacen de carne y sangre, sino de Dios: que creen á su nombre y palabras, que llevan la mortificación de Cristo en sus cuerpos, que viven desprendidos de las cosas mundanas, que aunque abunden en tesoros no esperan en ellos, y que viven en la tierra abrasados en afectos hácia el cielo.

Esta es la vida de los hijos de Dios; entre tanto, ¿quién que piense con detención en el espíritu que hoy día anima al mundo, no prorumpirá en lamentos de dolor? ¿Quién se internará en las naciones católicas á examinar lo que son, sin exclamar inmediatamente, con el profeta Jeremías, que la tierra está llena de desolación, porque no hay quien medite las maravillas del amor de Dios á los hombres? Las naciones han ido emancipándose poco á poco del espíritu del Evangelio, y han rasgado la túnica inconsútil del dogma y la moral, no adoptando de aquél más que lo que contribuye á constituir la sociedad y mantiene á los hombres en sujeción, despreciando lo bello y sublime del Código sagrado, que es la fé con las obras, la obediencia á los preceptos de la Iglesia, y el respeto á las tradiciones antiguas. No se levantan los ojos hácia el cielo sino para mirar de paso al Dios, que no se digna nombrar sino Sér Supremo, para no darle más atribuciones que las que corresponden á la gradación categórica de medio é ínfimo, y hacerlo un poco mayor que nosotros; no se quiere fijar la vista en el Sér Infinito que nos crió de la nada, y mucho ménos en el Dios que se humilla en la Encarnación, que se abate en sus padecimientos, y se anonada en la Cruz. ¿Cómo quereis que la humanidad tenga vida intelectual, si no se alimenta más que de materia? ¿Cómo ha de

reinar en nuestros corazones el espíritu de Jesucristo, si nuestras sustancias alimenticias son el orgullo, la ambición, la codicia y las demás pasiones propias del hombre animal?

¡Ah, católicos! Lloremos la ceguedad de los hombres y acerquémonos al monte que humea con los vapores de la sangre divina en que está empapado. Contemplemos esa Víctima que une en mútuo vínculo de amor al cielo y la tierra; que abre las puertas de aquel y destruye las espinas de ésta, convirtiéndola en paraíso terrestre, en que habiten la santidad, el amor casto y la justicia. Jesús ha espirado, y su sangre ha salpicado los vestidos de su santa Madre, que está en pié junto á la Cruz. Preguntemos á aquélla por qué tiene su ropaje teñido con este precioso licor, y nos contestará, mejor que Séfora, que su Hijo es un Esposo de sangre, y que nosotros somos los hijos que ella ha engendrado, entre los más acerbos dolores, en la cima del Calvario. *Sponsus sanguinum tu es mihi.*

Oídla: la sangre, dice, está derramada sobre mi túnica, y he manchado con ella todos mis vestidos. No bastó para satisfacer el corazón de mi Hijo que cayese aquella gota á gota en la circuncisión; no le satisfizo tampoco el que en los azotes inhumanos saliese á borbotones; tampoco quedó contento con que cuatro torrentes brotasen de sus manos y piés, sino que, áun despues de haber espirado, áun habia dispuesto que una lanza cruel abriese su costado y traspasase su corazón, para que no quedase en él ni una sola gota. *Sponsus sanguinum tu es mihi.* ¡Oh Hijo mio! ¡Pues qué! ¿Tanto valen los hombres? ¿Tanto los amas? ¿Era preciso para su rescate que tu inocente cuerpo fuese despedazado con tanta inhumanidad? ¡Ay! ¡Cuánto dolor me cuesta el ser tu Madre y la suya! Pero yo me conformo con tus designios; con tal que los hombres te amen, con tal que te agradezcan tu sacrificio, con tal



que quieran adquirir la herencia que hoy les conquistas, mi alma se consuela, mi corazón se regocija, y si aún quereis que brote de él un río de sangre que se confunda con la tuya, aquí lo teneis: *Sponsus sanguinum tu es mihi.*

¡Basta, Reina del cielo, basta! No salga de tus divinos labios otra palabra de amor, porque tus hijos no tienen ya corazón para oírlo. Nosotros no podemos hacer más que llorar nuestras culpas, que son la causa de tu llanto. A tí suspiramos, gimiendo y llorando, para que lleguen hasta el trono de amor donde descansa el Rey pacífico, los sollozos con que imploramos su misericordia y gracia, que son la prenda de la gloria. Amen.

## SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

### SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

(SEGUNDO DEL ASUNTO.)

*Subversum est cor meum in memetipsa  
quoniam amaritudine plena sum.*

Ha sido trastornado mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura.

(LAMENTAT. JEREMIE, cap. I, vers. 20.)

¡Conque nada hay de estable en la tierra! ¡Conque nadie ha sido morador de este mundo, que no haya tenido que doblar su frente ante la mutabilidad y volubilidad que domina á todo sér visible! No; nadie ha respirado el aire comun sin haber sentido la triste influencia de un genio maléfico que todo lo trastorna y lo consume; toda criatura visible tiene un enemigo formidable, que la tiende lazos, que le prepara emboscadas, y que cual gotera insignificante, pero continua, va minando los cimientos en que estriba el edificio de la vida, hasta ponerlo en disposición de desplomarse; este enemigo nuestro es el tiempo; el tiempo, que á todo se atreve; el tiempo, que acomete la árdua empresa de destruir lo más sólido é imperecedero, y lo consigue. Él disipa la inocencia de la niñez con la travesura de la puericia; él destruye las locuras de la mocedad con la sensatez de la edad viril;